

XII Jornadas de Sociología de la UNLP

Título: Problematizar las crisis. Proyectos y hegemonía en el interregno argentino.

Autor: Dr. Gastón Ángel Varesi (CONICET/UNLP/CEFMA)

Introducción: conceptualizar la crisis

La vida política, económica y social de la Argentina parece estar atravesada por una imagen recurrente: la crisis, que con múltiples rostros irrumpe de forma constante generando cambios en el movimiento de la sociedad, en el marco de disputa de proyectos que al fin parecen agotarse y dar lugar a su reverso. Un primer paso para poder abordar la crisis como problema de estudios implica preguntarnos: ¿qué es una crisis? ¿cómo conceptualizarla?

En la presente ponencia recuperamos la perspectiva analítica de la *crisis* elaborada por Antonio Gramsci (1985) en sus *Cuadernos de la Cárcel* (CC), utilizando una tipología de dicho concepto diseñada a partir de la localización de su uso en los CC y un ordenamiento siguiendo dos coordenadas conceptuales¹. La primera remite al análisis de *relaciones de fuerza*, las cuales refieren a disputas vinculares de poder en distintas dimensiones y escalas, que se cristalizan en determinados períodos pero que son cambiantes a lo largo del tiempo. Gramsci parte de las *relaciones de fuerzas internacionales*, recuperando diversas acepciones como “crisis internacional” y “crisis mundial”² y las distingue tanto de las crisis nacionales, las cuales suelen llevar la referencia del país específico (crisis italiana, inglesa, francesa, entre otras), como de las crisis en la escala subnacional, por ejemplo, las que observa en distintas regiones de Italia. Así, establece la relevancia de pensar las dinámicas internacionales, sosteniendo que “el mundo es una unidad, se quiera o no se quiera, y que todos los países, permaneciendo en ciertas condiciones de estructura, pasarán por ciertas "crisis"” (CC15:1262-1263).

Tras identificar la distinción de escala de las crisis, podemos observar que las mismas poseen diversas dimensiones vinculadas a los niveles de las relaciones de fuerza. Gramsci señala una serie de crisis ligadas al momento de las *relaciones de fuerzas sociales*, las cuales tienen lugar en la estructura, destacándose la “crisis económica” y la “crisis social”, y adquieren un efecto particular según la posición y función de los grupos sociales en la misma, revistiendo un carácter de “crisis comercial”, “crisis industrial”, “crisis agraria”, “crisis financiera” o

¹ Para ver con mayor detalle el enfoque y la tipología del concepto de crisis, así como una aplicación al caso argentino ver Varesi (2024).

² También crisis mundiales que son mencionadas por su fecha, por ejemplo, crisis de 1847, 1929, 1930, etc.

“crisis de desocupación”, por mencionar algunos ejemplos³. A su vez, Gramsci reconoce una amplia variedad de tipos de crisis ligadas a las *relaciones de fuerzas políticas*, las cuales remiten a la capacidad de los grupos sociales de adquirir conciencia de sus intereses, de organizarse, y forjar un proyecto que sintetice una unidad de fines políticos, ideológicos, intelectuales y morales, buscando superar su carácter particular para presentarse como un universal con capacidad de dirección del conjunto social, aspecto que involucra una batalla en múltiples trincheras, una *guerra de posiciones* con la que Gramsci define a la lucha por la hegemonía⁴. Encontramos aquí, de forma entrecruzada, la segunda coordenada central: la construcción de *hegemonía*, vinculada a la capacidad de dirección política, ideológica y cultural de un grupo social sobre otros, por lo que el concepto de *crisis de hegemonía* adquiere la mayor gravitación no sólo en este nivel, sino en la explicación de los procesos sociales de conjunto. Finalmente, ubicamos las *relaciones de fuerzas militares*, ya que si bien la construcción de consensos mediante una visión del mundo que se expanda y logre aportar conducción es clave, hay otro elemento indisoluble que es la coerción y que permite sostener la dominación incluso en contextos de carencia o debilidad de consentimiento, por lo que la crisis en este ámbito también recubre una singular importancia⁵.

Sin embargo, no todas las crisis tienen la misma magnitud ni tampoco la misma relevancia teórica, por lo que debemos resaltar un conjunto de acepciones directamente ligadas a la profundidad y alcance, a su capacidad de articular diversas dimensiones y adquirir gravitación tanto en términos espaciales como temporales. En este punto, es necesario recalcar el concepto de *crisis orgánica*⁶ como una articulación de factores de carácter duradero que ligan crisis a nivel económico y social con crisis de hegemonía, como grado más elevado de las relaciones de fuerzas políticas, atravesando tanto los planos estructurales como superestructurales. Estas crisis de vasto alcance y profundidad pueden dar lugar a lo que denomina como “crisis resolutive” o “crisis de cambio” que involucra un conjunto transformaciones en diversos niveles de las relaciones de fuerzas y forjan momentos

³ Otras acepciones que señala Gramsci son: “crisis de Tesorería”, “crisis de avituallamiento” (de abastecimiento de alimentos), “crisis de empobrecimiento”, “crisis de ahorro” y “crisis de ocio forzado y de miseria degradante”.

⁴ Aquí encontramos términos como: “crisis parlamentaria”, “crisis política”, “crisis de autoridad”, “crisis de los partidos”, “crisis político-morales”, “crisis del sufragio universal”, “crisis constitucional”, “crisis espiritual”, “crisis de los intelectuales”, “crisis intelectual y moral”, “crisis de la institución familiar”, “crisis en el mando y de dirección”, “crisis sociopolítica”, “crisis educativa”, “crisis de moral”, “crisis estatal”, “crisis religiosa”, “crisis de la sociedad civil”, “crisis filosófica”, “crisis político-morales”, “crisis del sufragio universal”, “crisis histórico-política-intelectual”, “crisis de las costumbres”, entre otras.

⁵ Gramsci refiere en este nivel a las “crisis de los cuadros” (militares), “crisis militares”, y “crisis del ejército”.

⁶ Aquí también aparecen términos cercanos, Gramsci habla de “crisis histórica” o “crisis históricas fundamentales”, de “crisis radical”, “crisis general” y de “crisis aguda”.

instituyentes, donde las sociedades cobran una forma u otra según cómo se salde dicha crisis. Por otra parte, Gramsci distingue las crisis orgánicas de las *crisis de coyuntura*, las cuales son consideradas como “crisis ocasionales”, de menor duración y alcance, que pueden expresarse en uno o más momentos de las relaciones de fuerzas, pero sin conmover el conjunto de relaciones estructurales y superestructurales que caracterizan un período histórico. No es casualidad que Gramsci comience su propuesta de análisis de situaciones y relaciones de fuerza señalando la relevancia de esta distinción:

El error en que se cae a menudo en los análisis histórico-políticos consiste en no saber encontrar la justa relación entre lo que es orgánico y lo que es ocasional (...) La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y movimientos y hechos de "coyuntura" u ocasionales debe ser aplicada a todos los tipos de situación, no sólo a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino a aquéllos en los que tiene lugar un desarrollo progresista o de prosperidad y a aquéllos en los que tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y por lo tanto de investigación difícilmente se establece con exactitud, y si el error es grave en la historiografía, aún más grave resulta en el arte político, cuando se trata no de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y futura (CC13:1156)

Si Gramsci dedica centenares de reflexiones para caracterizar las crisis y distinguir sus características esto se debe a que para él, “el desarrollo del capitalismo ha sido una "crisis continua"” (CC15:1262). Pero ¿qué es una crisis? Gramsci define a la crisis como acontecimientos que revisten distintos niveles de gravedad, constituyendo una pérdida de equilibrio en el movimiento de las sociedades (CC15). Así, el capitalismo con sus lógicas contradictorias intrínsecas genera crisis, de forma recurrente, con distinto carácter y magnitud. Las diversas acepciones de la crisis constituyen sus formas de manifestación y si las crisis son oportunidades para el cambio, para resolverlas en una forma progresiva, también pueden revestir contextos de regresión social en los cuáles “se verifican los fenómenos morbosos más variados” (CC3:286). Esto sucede cuando la crisis como pérdida de equilibrio se estabiliza en un empate de fuerzas que parecen trabarse y extenderse en el tiempo en un equilibrio catastrófico (CC3; CC9), una larga crisis sin resolución a la vista.

Periodización y crisis: del plano internacional al nacional

El plano internacional presenta síntomas de una “crisis mundial”⁷ de largo plazo que viene siendo conceptualizada por distintos autores como una crisis civilizatoria del capitalismo, cuyos componentes orgánicos estarían marcando una *transición geopolítica* desde el estado de relaciones de fuerzas definido como unipolarismo, bajo la hegemonía del bloque

⁷ Utilizaremos comillas para señalar acepciones de crisis utilizadas por Gramsci, mientras que aportaremos otras conceptualizaciones de autores contemporáneos sin entrecomillarlas.

occidental conducido por EEUU y sus aliados europeos en la OTAN, hacia un escenario multipolar y pluricéntrico, con tendencia a la preponderancia del eje Asia-Pacífico, junto con un rol protagónico de China y los BRICS+ (Boron, 2015; Merino, 2016).

¿Qué aspectos centrales podemos distinguir en esta crisis mundial? Observamos una conjunción de múltiples dimensiones para las cuales el orden global actual no parece tener respuestas. Un primer plano que salta a la vista es la “crisis económica”. Rapoport y Brenta sostienen que las “crisis económicas mundiales expresan las tensiones del régimen de acumulación imposibles de resolver según el funcionamiento ordinario del sistema” (2010:7) y, en ese sentido, podemos identificar que la crisis actual responde a la crisis del neoliberalismo, con su tendencia a alcanzar niveles altos de financiarización involucrando un incremento desproporcionado de capital ficticio respecto del valor creado. Según plantea Lapavistas (2013), la financiarización representa una expansión sin precedente de las actividades financieras, que permean sobre el conjunto de la sociedad dando lugar a un rápido crecimiento de las rentas financieras y la dominación de la política económica guiada por las demandas del sector financiero. En una línea similar, Samir Amín observa que esto se vincula al férreo poderío de los oligopolios financiarizados, pero que “la huida hacia delante en las inversiones financieras no podía durar eternamente cuando la base productiva sólo crecía con una tasa débil” (2008:1) generando “burbujas financieras” cuyo recurrente estallido deriva en nuevos escenarios de crisis. Pero el neoliberalismo, no se reduce a su corazón financiero sino que involucra una vasta estrategia de *acumulación por desposesión* (Harvey, 2004): desposesión de los Estados de sus recursos y servicios estratégicos mediante privatizaciones masivas, como parte de los planes de ajuste y reforma estructural, y desposesión de recursos en manos de las clases subalternas vía retracción del ingreso asalariado y precarización de las condiciones de trabajo. A esto se agrega, en tiempos recientes el capitalismo de plataforma con sus lógicas de concentración a través de la renta tecnológica y las nuevas modalidades de precarización y explotación sobre el trabajo que promueve, desligándose de la relación asalariada presentando a los trabajadores como “colaboradores” para evadir el cumplimiento de los derechos laborales. Emergen crisis de sobreproducción que tienen base en la retracción de la capacidad de consumo de las mayorías populares y en lógicas de hiperconcentración: Oxfam (2024) confirma que desde 2020 los cinco hombres más ricos duplicaron su riqueza, ganando 14 millones de dólares por hora, mientras que casi 5 mil millones de personas se empobrecieron viendo deteriorados sus ingresos.

La crisis capitalista actual no es sólo económica, sino que posee distintas dimensiones: se articula con una crisis energética, una crisis alimentaria y una crisis ecológica, de allí a que

esta conjunción de factores estructurales nos permita caracterizarla como genuina crisis civilizatoria (Varesi, 2012). A su vez, el neoliberalismo no sólo reviste un carácter de régimen de acumulación, sino que articula dimensiones políticas, ideológicas y culturales que lo torna un proyecto de sociedad, que ha sido, con diversos matices y versiones, el estandarte del “nuevo imperialismo” (Harvey, 2004) conducido por la hegemonía norteamericana y sus aliados, por lo que cabe preguntarse sobre el vínculo entre la crisis del neoliberalismo y el declive de la hegemonía del bloque occidental.

De hecho, podemos plantear como hipótesis que si bien el siglo XXI argentino y latinoamericano tiene como “partera” a la crisis del neoliberalismo, son sus continuidades económico-estructurales, su recomposición como proyecto y sus reapariciones políticas coyunturales parte del escenario crítico cada vez más orgánico de deterioro social, sin resolución a la vista. Pero para precisar mejor esta perspectiva necesitamos generar una periodización e identificar en su interior distintos puntos de inflexión establecidos por las diversas crisis y evaluar sus aspectos orgánicos y coyunturales. En el marco de la transición geopolítica señalada, la articulación de la escala regional con la nacional nos permite identificar cuatro períodos:

1) Un primer período va desde 1998 a 2008, partiendo de la crisis del neoliberalismo hacia la conformación y avance del *bloque popular latinoamericano*, la experiencia regional heterogénea donde confluyeron proyectos críticos del orden neoliberal, tanto de carácter nacional-popular como socialistas, que apostaron a una recomposición de las condiciones de vida de las clases subalternas y de las capacidades estatales, con una integración regional autónoma. El hito político inicial a escala nacional fue el triunfo del chavismo a Venezuela y en materia de integración fue la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) en 2004, seguido de otro hecho regional clave en el rechazo al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en 2005, que habilitó el avance del regionalismo autónomo. En este período llegaron a la presidencia gobiernos populares en Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Honduras, Ecuador y Nicaragua, entre otros.

2) Un segundo período, entre 2008 y 2012, estuvo caracterizado por un *solapamiento de tendencias*, en tanto encontramos, al mismo tiempo, los avances más sustanciosos de la integración regional autónoma, con la creación de UNASUR y CELAC, y la llegada de algunos nuevos gobiernos populares, pero también el comienzo de la contraofensiva imperialista, iniciada con la reactivación de la IV Flota norteamericana para controlar la región junto con el avance de los procesos de desestabilización ejercidos sobre el bloque popular. Asimismo, debemos señalar que este período comienza con un momento clave de la

crisis capitalista, el derrumbe financiero de 2008, y se cierra en 2012, con otro contexto crítico a nivel económico, donde parece confirmarse un cambio de tendencia en los precios internacionales deteriorando los términos de intercambio de la canasta exportadora regional.

3) El tercer período se abre en 2012 donde comienza a imponerse la ofensiva imperialista con golpes institucionales y crecientes derrotas populares, dando lugar al avance de un proceso de restauración neoliberal y neoconservadora, que logró dismantelar UNASUR y perseguir y asediar a los líderes populares, pero que también comenzó a exhibir sus límites, brindando chances de recomposición del bloque popular.

4) Esto da origen al momento actual, promediando el 2018 y consolidándose con el cambio de década, con una segunda ola de gobiernos populares, con los casos destacados de México y Colombia, pero que no termina de asentar su hegemonía a nivel regional y una contraoleada que cobra formas radicalizadas de ultraderecha. El “interregno” gramsciano, como menciona García Linera (2024), donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer, con rasgos de “equilibrio catastrófico”.

A continuación, identificaremos las crisis claves de cada uno de estos cuatro períodos, buscando problematizarlas y reflexionar acerca de sus impactos, de cara al presente nacional.

Primer período: de la crisis de 2001 a la hegemonía kirchnerista

La crisis del neoliberalismo dio origen a cambios profundos en toda la región. En el caso de Argentina, tuvo expresión en la crisis de 2001, la cual puede ser definida como un *principio de crisis orgánica*. El concepto de crisis orgánica abarca tanto la pérdida de supremacía intelectual y moral como la capacidad de los grupos dominantes de hacer avanzar a la economía, afectando la estructura económica y social así como a la hegemonía creada (CC13). Podemos leer el impacto de la crisis de 2001 en distintas dimensiones:

A) La base de la crisis se gestó en una combinación de “crisis económica” y “crisis social”, que se expresó en el agotamiento del modelo de la convertibilidad, donde la continuidad de la recesión en el contexto de una “crisis financiera” aguda producto del inmanejable endeudamiento externo, era expresión cabal de las dificultades de los grupos dominantes para reproducir el orden económico vigente y seguir dotándolo de legitimidad. El deterioro de todos los indicadores socioeconómicos vinculados a las clases subalternas derivó en una notable “crisis de desocupación” y una “crisis de empobrecimiento”, generó un creciente malestar y mayores niveles de conflictividad. A la proliferación de la protesta social, se le sumó una fractura al interior del bloque de poder, afectando las relaciones de fuerzas sociales, según las distintas estrategias de salida económica, entre quienes se inclinaban por una

alternativa devaluacionista o una propuesta dolarizadora. El modelo de convertibilidad cuya agonía había comenzado en 1998 se profundizaba con la gestión de la Alianza multiplicando las recetas de ajuste, para alcanzar un añorado déficit 0 a nivel fiscal a costa de recortes en salarios, jubilaciones y partidas sociales que no hacían sino agravar la recesión, mientras el gobierno buscaba ineffectivamente refinanciar la deuda pública con mayores caudales de endeudamiento, hasta terminar en restricciones bancarias como el “corralito”, la emisión de cuasi-monedas y el retorno a prácticas de intercambio como el “trueque”.

B) Esto se articuló con una “crisis intelectual y moral” que afectó las dimensiones ideológicas y culturales. Observamos una pérdida de legitimidad de algunos aspectos de la concepción del mundo imperante, que había alcanzado su momento hegemónico en los años 90, al punto de ser considerada como un pensamiento “único”, naturalizando el proyecto que encarnaba, frente al cual “no había alternativa” en tiempos en que se auguraba el “fin de la historia”, tras el derrumbe de la Unión Soviética. A nivel nacional, esta visión del mundo había alcanzado su momento álgido con la configuración de la hegemonía menemista, la cual siguiendo a Bonnet (2008), presentó fusión de ideas neoconservadoras y neoliberales, combinando tópicos de provenientes de la tradición liberal (la intervención del Estado en la economía como origen de ineficiencias, la defensa del derecho del individuo a decidir a través del mercado las modalidades de acceso a la salud, la educación y las jubilaciones, el ensalzamiento del empresario exitoso, etc.) con otros provenientes de la tradición conservadora (el compromiso con los valores de la familia patriarcal cristiana en su lucha contra el aborto, la apología de la autoridad y el orden social como valores absolutos, etc.). El menemismo aparecía como un instrumento subjetivo de un orden objetivo mayor, el de la globalización, cuya expresión doméstica era el orden de la convertibilidad (Bonnet, 2008), en el marco del Consenso de Washington. La crisis del 2001 implicó el colapso de esta hegemonía, ya que por un lado, perdió alcance la perspectiva liberal del *Estado mínimo*, y su visión de la libertad de mercado como consustancial a la libertad del individuo y la acción del Estado como perturbación de un desarrollo que llegaría inevitablemente con la economía de libre mercado (Matus, 2007). La promesa de plenitud del proyecto neoliberal naufragaba con la evidencia de una sociedad más desigual, con mayorías empobrecidas y sectores medios devastados.

A su vez, en los años 90 se había promovido una vasta privatización de la vida, ligada a valores individualistas y consumistas, en detrimento de lo colectivo y la participación política, donde ésta quedaba reducida a decisiones tecnocráticas. Frente a esto, volvieron a cobrar fuerza distintas formas de solidaridad y compromiso social, organizando una creciente

participación popular que dio lugar a múltiples experiencias de acción colectiva. Como afirmaba Seoane, “El proceso abierto en diciembre ha conllevado una resignificación de los mitos fundacionales que atravesaron las tres últimas décadas en el largo recorrido de instalación del neoliberalismo en Argentina” (2002:41), expresando un quiebre del disciplinamiento social que se había establecido desde la última dictadura, punto de inicio del orden neoliberal. Esto involucró una “crisis en el mando y de dirección” de los *intelectuales orgánicos* del bloque de poder que promovían al neoliberalismo como proyecto.

C) Finalmente, identificamos una “crisis política” que puede ser pensada en dos dimensiones, por un lado como “crisis de representación”, particularmente a nivel institucional, y, por otro, como “crisis de autoridad” relacionada con el incremento de la conflictividad que llegó a desbordar incluso la estrategia represiva del Estado. En este sentido, vemos una “crisis de los partidos”, en el desgaste de su legitimidad como canales de representación, en general, y particularmente del bipartidismo en tanto fórmula de gestión de la gobernabilidad desde el retorno democrático, ya que ambos, a partir del ala menemista del justicialismo y del ala conservadora del radicalismo, que dirigía la coalición entonces gobernante, aparecían involucrados en la aplicación de las políticas de ajuste y reforma estructural que comenzaban a ser visualizadas como las causantes del desastre económico y social. Así, se expresó un elemento clave que Gramsci identifica en los períodos de crisis orgánica: una situación de manifiesto contraste entre “representados y representantes” con la dificultad de los partidos mayoritarios de generar consensos y ganar adhesión dentro de la sociedad civil.

La pérdida de hegemonía de los grupos dominantes constituyó un espacio fértil para incremento de la protesta y la organización de los grupos subalternos. La acción colectiva cobró formas diversas como asambleas, movilizaciones, piquetes, ollas populares, cacerolazos, incluyendo la recuperación de empresas quebradas por parte de sus trabajadores. Encontramos aquí otro elemento de las crisis orgánicas: una “crisis de autoridad” producida cuando se desarrollan una serie de reivindicaciones que conllevan un alto grado de movilización, articulando una cadena de demandas que no lograron ser divididas y procesadas por el orden vigente. Así, la crisis atravesó la sociedad política, que representa al Estado (en sentido estricto) involucrando las dimensiones político-jurídicas que son propias del momento de la coerción. Se evidenció, allí, el paso de clases dirigentes a clases meramente dominantes, que Gramsci observa en los períodos de crisis orgánica. El conflicto creciente logró superar la estrategia represiva del gobierno, llegando a constituir una genuina rebelión popular en diciembre de 2001, enfrentando el establecimiento del estado de sitio y la brutal represión que culminó con la renuncia del presidente De la Rúa.

Definimos a la crisis de 2001 como un *principio de crisis orgánica*, en el sentido de encontrar diversos componentes de la misma, aunque sin alcanzar un sentido pleno, ya que en aquel momento no logró configurarse una fuerza antagonista alternativa emergida desde la subalternidad con capacidad de forjar un proyecto propio de salida. Aun así, la crisis de 2001 se convirtió en la “partera” del siglo XXI argentino, fue una “crisis de cambio” en tanto los procesos que le siguieron se plantearon primero como búsqueda de resolución de las demandas puestas en juego en aquel momento gestando en ese camino un nuevo proyecto y, luego, también vemos su rol en cómo se fue produciendo la recuperación de los derrotados en pos de la restauración del proyecto neoliberal.

El propio sistema institucional tramitó la crisis y tras una veloz serie de sucesiones presidenciales, Duhalde llegó a la Presidencia (2002-2003) e impulsó alteraciones estructurales a nivel del patrón de acumulación forjando las bases de los que podemos definir como el neodesarrollismo argentino al tiempo que desplegó una estrategia de coerción y contención buscando desactivar el ciclo de protestas populares (Varesi, 2021). Fue recién con la llegada del kirchnerismo (2003-2015) donde se plasmó de forma más acabada un proyecto ilustrativo de la primera ola del “giro a la izquierda” que recubrió gran parte de América Latina. Así, se inició un ciclo de gobiernos donde la combinación de neodesarrollismo y hegemonía populista iba a dar forma a más de una década de transformaciones, no exentas de tensiones y diversas continuidades estructurales.

Según sintetizamos en Varesi (2023), podemos definir la conformación de una *hegemonía populista* durante el ciclo kirchnerista ligada a tres lógicas principales. 1) Podemos ver una primera lógica del populismo como discurso político, expresado a nivel presidencial a través de la edificación de distintas condiciones de veracidad en tres momentos, siguiendo a Charaudeau (2009). Un momento vinculado a la identificación de una situación social juzgada desastrosa y de la cual la ciudadanía era víctima, que podemos hallar en la lectura de la crisis de 2001 y su caracterización como “el propio infierno” que dio lugar a un “estallido cívico”. Otro momento que implicaba determinar las “fuentes del mal”, las cuales fueron identificadas en torno a las diversas figuras del neoliberalismo, abarcando un conjunto de actores, ideas y políticas, señaladas como responsables del desorden social. Y un tercer momento, promoviendo una solución al escenario de crisis y su portador: donde el proyecto oficial, de carácter nacional-popular, se postulaba, según Néstor Kirchner (NK), como un momento de “sutura” de la crisis para un “nuevo amanecer”, marcando un horizonte de redención social. 2) Esto cobró forma a partir de una lógica de articulación de demandas populares, que se iban singularizando en el líder y motivaba una construcción de identidad en

base a la confrontación (evocando a Laclau, 2005), en la cual se establecía al adversario en torno al proyecto neoliberal e iba cobrando rasgos propios donde confluían una recuperación del peronismo clásico, combinando aspectos culturales de la juventud de los años 70, componentes del progresismo democrático de los 80 y un perfil latinoamericanista influido desde el cambio de relaciones de fuerza en la región (Varesi, 2021). 3) Por último, observamos la construcción de un *pacto populista* (Rajland 2008, Varesi, 2021) como una estrategia de alianza de clases dirigida desde el Estado, en un proceso que amplía su *autonomía relativa* para construir nuevos equilibrios, con concesiones mutuas, entre fracciones de las clases dominantes, particularmente el capital productivo, y las clases subalternas, las cuales iban cobrando mayor jerarquía con políticas orientadas a la recomposición de sus condiciones de vida.

Encontramos así una vinculación directa entre la estrategia de construcción hegemónica y la configuración de un nuevo régimen de acumulación, el neodesarrollismo, que durante el ciclo kirchnerista adquirió un énfasis progresista. Este régimen de acumulación, en su fase expansiva entre 2003 y 2007, exhibió mejoras en los indicadores sociales, reduciendo de forma significativa la pobreza, la indigencia y la desocupación a partir de una recuperación de las capacidades productivas, una potente dinámica exportadora y variadas políticas de distribución de los ingresos, como la elevación del salario mínimo, la ampliación de los convenios colectivos de trabajo y los programas de inclusión previsional que tenderían a universalizar el sistema jubilatorio. A su vez, se exhibía un rol del Estado que contrastaba con el previo debido a su creciente intervención en la economía, donde se destacó el proceso de regulación de tarifas de servicios públicos, la reestatización de diversas empresas públicas así como el establecimiento de algunas regulaciones en el sector financiero en el marco de una política de desendeudamiento, que tuvo como hitos la salida del *default*, con una importante quita y reestructuración de la deuda pública y el pago que conllevó el fin de los tratados con el FMI, en 2005. Asimismo, se gestó una importante recomposición del tejido de PyMES con su correlato positivo en el empleo. También observamos que el neodesarrollismo funcionó en esta etapa con dos pilares de estabilidad ligado a los superávits gemelos, comercial y fiscal (Varesi, 2021). Entonces se configuró en un escenario *win-win* (Wainer, 2016), donde el crecimiento permitía mejorar las condiciones de vida de las clases subalternas al mismo tiempo que recomponer el proceso de acumulación del capital, favoreciendo el despliegue de la estrategia del pacto populista y dotando de base estructural a la estrategia hegemónica.

El empalme del proceso nacional con el latinoamericano, en su común surgimiento desde la crisis del neoliberalismo y un similar posicionamiento crítico frente a dicho proyecto, puede

verse en la articulación entre política exterior e integración regional. Acuerdos como el Consenso de Buenos Aires, firmado por los presidentes de Brasil y Argentina en 2003, distanciándose del Consenso de Washington, y el relanzamiento del MERCOSUR como alianza estratégica, marcaron un rumbo que dio un salto cualitativo en el rechazo al ALCA, tratado de libre comercio continental que EEUU buscaba aprobar en 2005, y que fue coordinado por los principales gobiernos populares de Sudamérica, constituyendo la condición de posibilidad del regionalismo autónomo.

Segundo período: de la crisis de 2008 a la radicalización progresista

El período de expansión encontró un punto de inflexión, a pocos meses de la asunción de Cristina Fernández de Kirchner (CFK), en la crisis de 2008, la cual surgió como una “crisis agraria” pero tuvo un alcance y significado más amplio. Este conflicto tuvo como sustrato un conjunto de cambios en las relaciones de fuerzas sociales en el mundo agrario que venían arraigándose en el largo plazo. Al ritmo del avance del agronegocio y la implementación del paquete tecnológico, que cobró un rol unificador en el sector transformando las prácticas productivas y a los sujetos involucrados, podemos observar un triple proceso de concentración: A) Concentración en el uso de la tierra, con tendencia a la baja de las pequeñas explotaciones agropecuarias y ampliación de las más grandes, derivando en que solo el 6% de los mayores productores de soja acapararan el 54% de la producción total en 2008. B) Concentración del capital, tanto en la producción de semillas y agroquímicos, donde grandes agentes aglutinan la capacidad de desarrollo biotecnológico; luego, vinculada al fortalecimiento de los contratistas (de distinta envergadura), que poseen la maquinaria agrícola y realizan las diversas labores; y finalmente, en la industrialización y exportación concentrada en un puñado de empresas C) Concentración de la gestión del proceso productivo con la consolidación de mega empresas agropecuarias y articulaciones financieras como los *pooles* de siembra (Varesi, 2020). Estas dinámicas de concentración dotaron a las franjas más poderosas de la burguesía agraria de un amplio poder social.

Si bien el conflicto estuvo motivado por la implementación de un esquema de retenciones móviles, que en el marco de un alza aguda de los precios de la soja involucraba un aumento del tributo para la misma, la disputa rápidamente superó el grado corporativo de las relaciones de fuerzas políticas para convertirse en un genuino antagonismo, con sus dinámicas de polarización y confrontación, alcanzando una batalla a nivel de los proyectos de sociedad. Es decir, aquí se combinó una “crisis agraria” con una “crisis política”, que amenazaba con constituirse en una “crisis de hegemonía”. Y si bien podemos pensarla como

una crisis de coyuntura, encontramos factores que trascendieron aquel conflicto dejando marcas duraderas en las dinámicas políticas, ideológicas y sociales del país.

En el análisis del polo agrario, que se erigió como antagonista del gobierno nacional, podemos hallar algunas claves de sus efectos de más largo plazo. En primer lugar, la centralidad de la demanda contra las retenciones móviles se convirtió rápidamente en un rechazo a las retenciones en su conjunto, poniendo en la mira uno de los pilares tributarios del neodesarrollismo, pero además se articuló a nivel discursivo con una recuperación de algunas ideas básicas de la matriz neoliberal, como la reposición del *Estado mínimo*: la asociación de la política tributaria a un “castigo” sobre los productores, la vinculación de la libertad de ganancia como libertad básica del individuo y la proclama de que eran los agentes privados los mejores administradores de los recursos, demandando un retorno a políticas de libre mercado. Esto se asoció a una estrategia ideológica que planteaba al “campo” como principal generador nacional de riquezas, recuperando el imaginario de la Argentina como “granero (ahora oleaginoso) del mundo”, que precisaba de la liberación de trabas “distorsivas” impuestas por un Estado que aparecía ligado a las características de corrupción e ineficiencia. A su vez, la asociación del “campo” como motor del país y su asociación con el lema “todos somos el campo”, marcó un logrado intento de universalización para construir hegemonía.

Esto se gestó bajo el rol clave de los principales oligopolios de la comunicación, como *intelectuales orgánicos* que comenzaron a dotar de conciencia y promover la articulación de un bloque opositor, aunando ideas, actores y estrategias para confrontar con el gobierno al tiempo que relanzar un proyecto antagónico. A su vez, el polo agrario mostró una gran capacidad de acción colectiva, recuperando y resiniendo el repertorio puesto en juego en la crisis de 2001: piquetes, asambleas, cacerolazos, “escraches”, volvían a escena pero con un sentido y anclaje de clase diferente al original.

El gobierno buscó enfatizar el contraste en la acción colectiva de las patronales agrarias, contraponiendo los “piquetes de la miseria” de 2001 frente a los “piquetes de la abundancia” de 2008. De este modo, desplegó una estrategia de confrontación directa que negaba legitimidad al reclamo reforzando la polarización. Asimismo, CFK apeló a una significación alternativa de las retenciones como medidas distributivas, lo cual implicaba “tocar intereses que muchas veces son poderosos”, en el marco de la estrategia de pacto social. Este conflicto tuvo como correlato la afirmación de la identidad del kirchnerismo como sujeto político. La estrategia hegemónica apeló a construir un *nosotros* que conquistara un amplio conjunto de significantes en el delineamiento de la comunidad como *pueblo*, *nación* y *democracia*, al tiempo que buscó definir al polo opositor como la anti-comunidad asignándole rasgos que

incluían a) un carácter oligárquico en tanto poderoso sector minoritario, b) un rol desestabilizador con tendencias golpistas y c) su vinculación al proyecto neoliberal. En este contexto, sin lograr efectos con las concesiones implementadas, la “crisis agraria” derivó en “crisis parlamentaria” y “crisis política”, ya que el envío de las retenciones móviles al Congreso para ser tratadas como ley derivó en una pérdida de adhesiones que tuvo como momento cúlmine el desempate negativo del propio Vicepresidente de la Nación, rompiendo la coalición gobernante para pasar a la oposición.

Esta coyuntura se agravó con el impacto de la crisis económica mundial que, entre fines de 2008 y 2009, tuvo un dramático correlato en país. La caída de los precios internacionales de los *commodities* y del comercio internacional afectó la dinámica exportadora, mientras que la economía argentina tuvo un derrumbe en materia de inversión, con un escenario recesivo que incluyó datos negativos serios en industria y empleo por primer vez desde la llegada del kirchnerismo (Varesi, 2021).

Debe señalarse que desde esta *dobles coyuntura crítica*, derivada de la derrota del conflicto agrario y el impacto de la crisis mundial, el gobierno se repuso a través de lo que denominamos como un proceso de *radicalización progresista*. Esto refiere a una profundización de los componentes transformadores de la política pública en un sentido popular, sosteniendo una alta conflictividad con sectores del bloque de poder, mientras se recostaba en los grupos subalternos e intentaba sostener aliados dentro de los sectores productivos. Este proceso transitó desde la configuración de un ambicioso plan anti-crisis, con políticas contrarias a las sugeridas por el FMI, inyectando gran cantidad de recursos para reactivar la economía y sostener el empleo, donde se destacaron hitos como la reestatización del sistema de jubilaciones y pensiones, la multiplicación del programa REPRO para ayudar a empresas en dificultades a cambio de que sostuvieran a sus trabajadores, un amplio plan de obra pública y variadas políticas sociales que tuvo como insignia a la Asignación Universal por Hijo (Varesi, 2021). Esto se combinó con otras estatizaciones, con una nueva ley para desconcentrar los medios de comunicación, nuevos derechos civiles como el matrimonio igualitario, políticas de ingresos directas e indirectas, entre otras. Sumado a los avances en materias de integración regional con el lanzamiento de UNASUR y CELAC, materializando institucionalmente el “giro a la izquierda” latinoamericano. Además, la política nacional estuvo marcada por dos eventos, la muerte de Néstor Kirchner, con la pérdida del líder primigenio del kirchnerismo pero con su reconversión mítica en el discurso y la identidad del kirchnerismo como sujeto político, y la reelección de CFK en 2011.

Podemos observar que el *solapamiento de tendencias* que caracterizamos en la escala latinoamericana, con avances del bloque popular y la configuración de la ofensiva imperialista, también se dio en la escala nacional, con elementos que comenzaron a configurar la reposición del proyecto neoliberal en una doble coyuntura crítica de la cual el espacio kirchnerista logró recuperarse mediante un proceso de radicalización.

Tercer período: hacia un giro conservador por dentro y por fuera

El tercer período encuentra a la Argentina en el último tramo de reformas estructurales de corte neodesarrollista, con la estatización de YPF, el lanzamiento de los satélites ARSAT e inversiones públicas en la red ferroviaria y energía atómica. En 2013, CFK proclamó “la década ganada por todos los argentinos”, construyendo un discurso épico sobre las conquistas de los 10 años de gobiernos kirchneristas y los desafíos que se abrían. Además, se postulaba una recuperación de la política como vía legítima para definir el destino de las sociedades, frente al enfoque privatista y tecnocrático previo, al punto que CFK se definía a sí misma como una militante y buscaba reponer una lógica de lo colectivo por sobre lo individual, sintetizada en consignas como “la patria es el otro”.

Sin embargo, ese mismo año comenzaría el declive de la hegemonía kirchnerista. Las fracturas en el frente político y social, sumado a los signos de crisis del neodesarrollismo se irían acumulando para restar potencia a la hegemonía populista, cuyos tres pilares comenzaban a mostrar desgaste. La proclamación de la “década ganada” implicaba la pérdida de una condición de veracidad del discurso, la situación de “desastre social” parecía ya lejana y sólo era repuesta como amenaza futura. El pacto social se desgranaba tanto en relación a sectores subalternos con el alejamiento de parte del movimiento obrero y sus conducciones sindicales, como también de sectores políticos con la ruptura de Sergio Massa, y con el abandono masivo del polo del gran capital. Frente a esto, la lógica de articulación de demandas populares fue perdiendo gravitación, ya que el debate acerca de la “profundización” del proyecto quedó tapado por los intentos inefectivos de la “sintonía fina” y un intento de contentar al establishment con candidatos más afines a sus intereses.

El neodesarrollismo comenzaba a mostrar dificultades en diversos factores que confluyeron en restituir la restricción externa. Aquí encontramos el efecto de continuidades estructurales que el neodesarrollismo no logró modificar. Una de ellas fue el elevado índice de extranjerización económica, que si bien disminuyó entre 2012 y 2015 terminó quedando por encima de los años 90, con sus serias implicancias en las cuentas externas por el envío de excedentes a sus casas matrices. Esto se agravó con las prácticas de la propia burguesía local

con su tendencia a la fuga de capitales. La matriz productiva mantuvo su carácter deficitario en materia de comercio exterior, debido al fuerte dinamismo de sectores demandantes de gran cantidad de insumos importados, como el automotriz o el polo de ensamble electrónico de Tierra del Fuego (CIFRA, 2015). A lo que se sumó la crisis energética que implicaba importantes gastos de divisas en importaciones. Finalmente, terminaron por perderse los dos pilares de estabilidad del neodesarrollismo, primero el superávit fiscal y, en 2015, el comercial. Por otra parte, los grupos del gran capital buscaban resistir los intentos de disciplinamiento a través de su poder estructural, sostenido a partir de los altos índices de concentración económica, los cuales si bien descendieron entre 2012 y 2015, quedaron muy por encima de los de 2001 (Varesi, 2021). Esto también incidía en la configuración de formadores de precios y su incidencia en el creciente proceso inflacionario.

En materia de política exterior, Argentina siguió apostando a la multipolaridad global, acercándose a China, Rusia y los BRICS, en confrontación con EEUU, relación tensionada por el litigio de los “fondos buitres” contra el país, como parte de contraofensiva imperialista. Sin embargo, podemos postular como hipótesis, que el giro conservador que se fue imponiendo en el plano nacional, con distintos ritmos y tiempos, no sucedió solo por fuera del espacio popular sino también al interior del mismo. Una evidencia de esto puede hallarse en la propia elección de las candidaturas en 2015. Sin posibilidad de prorrogar a la líder en la Presidencia y sin dinámicas frentistas en funcionamiento, la elección realizada por CFK se dio entre dos figuras: el ministro Randazzo y el gobernador Daniel Scioli, decantándose por este último. La fractura de Randazzo fue clave para el triunfo de la oposición en la Provincia de Buenos Aires y la llave para el triunfo nacional de Cambiemos, y tendría continuidad en espacios conservadores que ejercían división sobre el peronismo, mientras que Scioli, el candidato más afín al bloque de poder de todo el oficialismo, años después terminaría sumándose a la expresión gubernamental más extrema del neoliberalismo.

Frente al declive del kirchnerismo que delineaba un escenario de “crisis de hegemonía”, la coalición opositora, ensayada en el plano de la lucha política y social en el conflicto agrario de 2008, tras distintas formulaciones, dio un salto cualitativo con la conformación de Cambiemos, donde se combinaba la potencia política de la “nueva derecha” del PRO, el alcance territorial con tradición centenaria de la UCR y el perfil anti-corrupción de la Coalición Cívica. Con un discurso moderado, prometiendo sostener los avances sociales del ciclo kirchnerista, Macri llegó a la Presidencia en 2015 para establecer un cambio de rumbo cuyas consecuencias son parte de la Argentina del presente.

Macri impulsó un giro conservador que tuvo como insignia la restauración del régimen neoliberal. En relación al plan económico, podemos observar una combinación de fuertes devaluaciones, sumada a la quita de retenciones y la desregulación de las exportaciones, tuvo como efecto un aumento reiterado de la inflación, con severos impactos en los alimentos, que junto a los “techos” salariales promovidos desde el gobierno generaron un shock distributivo de trabajadores a capitalistas (Varesi, 2018). Otra constante en esa línea fue el “tarifazo”, con aumentos astronómicos en los servicios públicos, que golpeó tanto a las familias como a la industria y el comercio. Esto, sumado a la apertura importadora y al aumento de las tasas de interés de los créditos y la caída del consumo, generó una asfixia a las PyMES, con impacto negativo en el empleo. En esta misma línea, se vivió un fuerte deterioro industrial con pérdidas de 170 mil empleos formales y un 13% de la producción. La contra-cara fue la revitalización de los procesos de especulación financiera, donde se rearmó la tristemente célebre “bicicleta financiera” a partir de la combinación de altas tasas de interés, desregulación de las finanzas, libre compra-venta de divisas, y cuya consecuencia más dramática fue un mega endeudamiento externo. Como señalan Cantamutto y López (2019), se produjo una redistribución, a nivel fiscal, de gastos (donde los pagos de intereses desplazaron a las transferencias económicas a los servicios públicos) y de ingresos (por reducción del aporte de impuestos directos y al comercio exterior), cambiando la apropiación del excedente, donde las finanzas se volvieron las grandes ganadoras y las clases populares fueron las mayores perdedoras.

Así, en materia de Estado y relaciones de fuerzas políticas, presenciamos una política de ajuste que iba reponiendo la idea del Estado mínimo, con recortes y eliminación de programas en salud y educación, entre otras áreas, que iban siendo desguazados, junto al desfinanciamiento de empresas públicas con despidos en YPF, freno en los proyectos de Atucha 3 y ARSAT 3. Asimismo, encontramos una estrategia de contención y coerción, combinando masificación de planes sociales y algunos paliativos como la “tarifa social”, con el avance de la represión, la criminalización de la protesta social y el *lawfare*: persecución mediática y judicial, prisiones preventivas y uso de los servicios de inteligencia contra dirigentes opositores. A su vez, fue cobrando forma a nivel del Estado lo que podemos denominar como una CEOcracia: cuadros tecno-políticos de las principales empresas pasaron a ocupar áreas claves del Estado, tomando decisiones con visibles beneficios para el sector privado específico al cual estaban vinculados (Canelo y Castellani, 2017). En materia de estrategia de construcción de hegemonía, el gobierno de Macri buscó afianzar sus vínculos con las principales asociaciones empresarias retomando sus demandas y en relación a la

construcción de identidad promovió una perspectiva basada en el individualismo, la meritocracia, el emprendedorismo, anclada en una ética empresarial, que entronizaba al libre mercado y globalización, al tiempo que ponía como adversario al populismo local y el socialismo a nivel internacional. Esto se articuló con un realineamiento de Argentina con la estrategia imperialista y un rol activo en el sabotaje al proceso de integración autónoma, sumándose a las ofensivas contra Venezuela, avalando el “golpe blando” en Brasil y participando del golpe en Bolivia y del fin de UNASUR. Sin embargo, el avance de la protesta social en jornadas claves como las que trataron la reforma jubilatoria en el Congreso también marcó un escenario de relaciones de fuerzas en el que parecía recomponerse la iniciativa popular.

Cuarto período: el interregno y una larga crisis sin resolución

El cuarto y actual período comienza, a nivel local, con el colapso económico del gobierno de Macri. Los años 2018 y 2019 sumieron al país en una nueva “crisis económica y social” reiterando devaluaciones con picos inflacionarios, nuevos tarifazos, y un auge de especulación financiera y endeudamiento externo, que tuvo como hito el crédito más grande que FMI otorgó en su historia, de unos 44 mil millones de dólares, que fueron en su mayoría destinados a financiar la fuga de capitales, evidenciando una “crisis financiera”. A esto se sumó un conjunto de dramáticas consecuencias sociales, con aumento de la desocupación al 10,6%, jubilaciones con pérdidas cercanas a 20 puntos y salarios registrados en 15 puntos, llevando el comienzo de una nueva “crisis de empobrecimiento”.

Balsa (2024) registra la frustración que significó para el sector que tenía expectativas con el cambio de gobierno y la llegada de Macri, debido al desastroso resultado económico de gestión. Pero también da cuenta de cómo ese espacio emprendió rápidamente su propia lectura crítica para relanzar su proyecto: la asociación del fracaso a la idea de “gradualismo”, sosteniendo que se falló no por lo que se hizo sino por lo que no se llegó a hacer, y postulando también una solución: ir en la misma dirección, lo más rápido posible. Así se fue configurando una nueva discursividad que pasó de la “revolución de la alegría” a una potenciación del tándem individualismo-emprendedorismo-meritocracia-ética empresarial con la idea de acabar con décadas de populismo aunque implicara sacrificio social. Se gestó una combinación de auto-sacrificio con la necesidad de castigar a los otros, articulando sentidos autoritarios y xenófobos, a partir del cual cobra forma cierta fascistización como lógica de regeneración de las derechas (Feierstein, 2019).

En el contexto de crisis, Macri fue derrotado por la dupla de Alberto Fernández (AF) y CFK que llegaban con el flamante Frente de Todos (FdT). Este gobierno inicialmente despertó expectativas en los sectores populares y en sus primeros meses tuvo un comienzo auspicioso, frenando los tarifazos y buscando controlar precios para permitir una mejora del salario, mientras se recuperaba la producción y el empleo. Esto, junto con la reposición de ministerios claves como el de Salud, Ciencia y Tecnología y el nuevo Ministerio de Mujeres y Diversidad, que iban a dar lugar a políticas importantes en cada uno de estos sectores.

Sin embargo, el condicionamiento derivado de la “doble crisis” vinculada al legado crítico del gobierno de Cambiemos y la pandemia COVID-19 (Cantamutto y Schorr, 2022) iba a complicar el escenario económico y social. Las medidas tomadas durante el Aislamiento Social Preventivo Obligatorio, tales como el Ingreso Familiar de Emergencia, la Asistencia al Trabajo y la Producción (ATP), los créditos a tasas subsidiadas y los bonos de suma fija, entre otros, no alcanzaron a contener el impacto de la caída de la actividad económica, aunque dieron tiempo para reconstruir el derruido sistema de salud y llevar adelante el plan de vacunación más importante de la historia nacional. Parte de esto fue financiado con el impuesto a las grandes fortunas, que terminó siendo una “contribución extraordinaria”, y con el aporte del Estado, que vio sus cuentas crecientemente deterioradas.

A medida que pasaba la pandemia pasaba y la actividad se iba recuperando junto con el empleo, sin embargo, los índices de pobreza quedaban sumamente altos, incluso por encima de los valores del gobierno anterior. Esto mostraba una distribución regresiva del ingreso, con salarios que perdían constantemente frente a un proceso inflacionario sin precedentes en décadas. A esto se le agrega un debilitamiento de las variables macroeconómicas, una alta presión por la restricción externa, agravada luego por una sequía que hizo desplomar las exportaciones.

Pero probablemente el mayor condicionamiento se encuentra en la firma del acuerdo con el FMI, que si bien permitió renegociar los plazos de pagos, terminó por convalidar la deuda generada por Macri, sin la investigación y auditoría prometida por el gobierno de AF, y sometió al país a las presiones del Fondo, con sus demandas de ajuste fiscal y devaluación.

Esto llevó también a ver una serie de tensiones en el plano de las relaciones de fuerzas políticas. Una de ellas fue el palpable desaprovechamiento del vasto poderío con que podía contar el FdT, con 15 partidos y la mayor cantidad de organizaciones sindicales y territoriales del país, que quedó limitado a un frente electoral, restringido a una cúpula integrada por los sectores de AF, CFK y Massa, que estuvo atravesada por numerosas diferencias y disputas.

La debilidad política se tradujo también en limitaciones en la política pública. Si bien el gobierno había logrado reestatizar empresas del sector energético privatizadas por Macri, el caso de Vicentín, empresa en concurso de acreedores que tenía al Banco Nación como principal acreedor, y la retracción de la definición inicial del gobierno de estatizarla frente a las presiones de sectores del bloque de poder, tal vez marcó un punto de inflexión donde la autoridad presidencial comenzó a desgranarse. En ese sentido, los mecanismos de diálogo, como sostienen Cantamutto y Schorr (2022), contaron con el problema de incluir a los actores ganadores del esquema previo de políticas y buscar consensuar con estos el programa económico, lo cual dificultó el cambio de rumbo y la reparación del daño causado por aquel, con un poder económico cada vez más concentrado con capacidad de condicionar las políticas. Así, la estrategia dialoguista, en el marco de debilidad frente al poder económico, se mostró limitada a la hora de resolver las demandas populares, dejando las expectativas de las mayorías no cumplidas, en un contexto de pobreza asalariada, y dando aire a que el descontento se canalizara a través de nuevas opciones de ultra derecha que rápidamente comenzaban a avanzar en el país, en tanto las fuerzas de izquierda (tanto dentro como fuera del FdT) no lograron articular y relanzar un proyecto socialista que pudiera ser visualizado como una vía palpable de salida de la crisis.

Por otra parte, en materia de relaciones de fuerzas internacionales, asistimos al retorno a la estrategia de integración latinoamericana, con el gobierno argentino apoyando la recuperación democrática en Bolivia tras el golpe, la liberación de Lula Da Silva y su llegada al gobierno, junto con la novedad de gobiernos populares en países como Chile y Colombia, que había tenido como antesala el caso de México, configurando una segunda ola progresista. Además del apoyo económico de China para afrontar la crisis económica, la aceptación de Argentina para sumarse a los BRICS+ abría futuras posibilidades positivas.

Sin embargo, se venía sedimentando una “crisis de autoridad” ligada a la figura presidencial, donde la falta de audacia se combinó con una pérdida de legitimidad que tuvo un punto de inflexión en la difusión de prácticas como la lista de privilegio en el acceso a la vacunación (presentado por los medios como “vacunatorio VIP”) y la celebración del cumpleaños de la primera dama en contextos de plena pandemia cuando regía el aislamiento obligatorio, que también empañó la valoración social de las políticas sanitarias. Sin chances de reelección de AF, el oficialismo volvió a plantear la táctica de reposicionar un referente afín al establishment, Massa, primero como ministro de Economía y luego como candidato

presidencial⁸. Las elecciones primarias generaron un cimbronazo en el espectro político, con la dupla Javier Milei-Victoria Villaruel y su novedoso partido de ultraderecha La Libertad Avanza alcanzando el primer lugar. Si bien, la posterior aplicación de distintas políticas progresistas y la movilización militante en la campaña lograron revertir el pobre desempeño inicial del oficialismo dejando a Massa primero a sólo tres puntos de la presidencia en primera vuelta, luego, la jugada táctica de Macri y Bullrich convocando a votar a Milei en el balotaje se mostraría efectiva permitiéndole ganar la Presidencia de la Nación. Llegó así al gobierno por primera vez mediante el voto popular una fuerza que porta un proyecto de radicalización de la matriz neoliberal articulando componentes que hacen al proceso de fascistización de las derechas, que van desde una agenda anti-progresista y anti-derechos hasta la reivindicación de la última dictadura militar.

Esto se dio en un marco local e internacional, donde frente a la ola progresista y su prédica pro-derechos, el discurso reaccionario logró exitosamente comenzar a ocupar un lugar de “rebeldía”, pretendiendo ser defensora de una mayoría de “gente común” que era olvidada por la política progresista. Fue cobrando forma una versión autoritaria del proyecto neoliberal, donde el discurso reaccionario conservador adquirió mayor visibilidad, logró legitimación e incluso alcanzó formas de institucionalización, en una lógica donde nuevos “enunciadores se ubicaron “a la derecha de la derecha” y corrían cada vez más el límite de lo decible” (Balsa, 2024:125). A su vez, Balsa registra a través de abundante evidencia empírica el avance de diversas posiciones ideológicas ligadas a perspectivas neoliberales y conservadoras, con particular llegada a jóvenes y varones. Así, nos propone pensar la construcción de hegemonía en el escenario actual con aspectos novedosos ligados al impacto de las redes sociales, las *fake news*, la fragmentación de la opinión pública y su vinculación al avance del autoritarismo, planteando que si ya no hay acuerdo sobre cuál es la realidad y la opinión pública se encierra en las burbujas del algoritmo, se rompen los lazos de un diálogo o discusión agonial entre adversarios o distintos, y es más fácil forzar el autoconvencimiento del propio dogma y el anulamiento del otro, su conversión en un enemigo, cuya eliminación es un paso necesario en las propuestas de redención autoritarias que emergen (Balsa, 2024). Esto nos permite comprender la interpelación eficaz de la consigna “acabar con el kirchnerismo” que llevaron los dos principales candidatos de la oposición, Milei y Bullrich, en 2023. Esto ocurrió en un contexto de incremento de la violencia política, que un año atrás había llevado a un intento de magnicidio sobre CFK, entre un tibio accionar del propio

⁸ Si bien, en esta ocasión se habilitó la interna con Juan Grabois, un candidato del ala izquierda de la coalición, tanto el sector kirchnerista como el de AF respaldaron a Massa nominándolo como el candidato de la “unidad”.

gobierno de AF, la falta de condena de la oposición y el avance del *lawfare*, acompañando la radicalización del discurso de las derechas.

A su vez, como plantea García Linera, las extremas derechas llegan “después de que el progresismo no se animó” (2024:10), porque cuando los gobiernos populares coexisten con altos niveles de pobreza, sin lograr dar respuestas a las mayorías populares, no es extraño que la población mire a quién promete (aunque sea de forma ilusoria) poner fin a la crisis. El éxito de la oposición en instalar comunicacionalmente al kirchnerismo como responsable de la larga crisis, poniendo al gobierno de AF como el momento más reciente de un ciclo que, a ciencia cierta, ya había finalizado y su universalización negativa como parte de una historia de decadencia cuya responsabilidad sería apuntada a las más diversas formas del populismo y la intervención del Estado en la economía, permitió relanzar de forma efectiva, al menos en términos ideológicos y electorales, un proyecto ultra-neoliberal bajo la novedosa prédica libertaria.

Reflexiones finales

El abordaje de las *crisis* como problema de estudio implica analizar procesos de pérdida de equilibrio desde una perspectiva multidimensional y multiescalar. En ese camino, recuperamos el enfoque gramsciano, construyendo una tipología de las crisis en articulación con las coordenadas del análisis de situaciones y *relaciones de fuerza* y el concepto nodal de *hegemonía*. Identificamos distintas acepciones del concepto de crisis para el abordaje de las diversas escalas, partiendo de las relaciones de fuerzas internacionales, así como para el análisis de las dimensiones sociales, políticas y militares y, a su vez, señalamos la necesidad de comprender su profundidad y alcance, distinguiendo las *crisis orgánicas* y de *coyuntura*.

Tras delinear algunos aspectos claves de la crisis mundial, nos abocamos a establecer una periodización del siglo XXI latinoamericano y reflexionar sobre su interrelación con la escala nacional, tomando el caso de Argentina. Allí, nos abocamos a describir y problematizar los momentos de crisis al interior de cada período, de lo cual podemos sintetizar algunas conclusiones.

Caracterizamos a la crisis de 2001 como un *principio de crisis orgánica* emergida del colapso del orden neoliberal, afectando tanto las dimensiones económicas, sociales, políticas, ideológicas y culturales. Una crisis de cambio que habilitó modificaciones en todos los planos de las relaciones de fuerzas con distinta intensidad y que combinó una rebelión popular, con fracturas al interior del bloque de poder y una agitada canalización institucional de la sucesión presidencial hasta encontrar en Duhalde un gobierno de transición orientado tanto a

desactivar la protesta social como a gestar cambios profundos en el patrón de acumulación. Por entonces cobraron forma un conjunto de políticas que fueron fundacionales en relación al régimen neodesarrollista y que alcanzaron su fase progresiva con la llegada del kirchnerismo y una nueva hegemonía populista con sus lógicas particulares a nivel del discurso político, de su capacidad de articular demandas populares y construir identidad en base a la confrontación y de establecer una estrategia de pacto social. Así, la crisis de 2001 se constituyó en la “partera” del nuevo siglo, tanto porque los intentos de resolución de la misma antagonizaron con el proyecto neoliberal anterior, definiendo un proyecto alternativo de rasgos nacional-populares en el marco del “giro a la izquierda” latinoamericano, como porque los derrotados también comenzarían un proceso de mutación y de reorganización.

Una primera irrupción se dio a través del “conflicto del campo”, una crisis agraria que superó rápidamente el grado económico-corporativo de las relaciones de fuerzas políticas para convertirse en un genuino antagonismo que puso en debate aspectos cardinales del patrón de acumulación y de la hegemonía construida por el kirchnerismo. La derrota del oficialismo en aquel conflicto se dio en el marco de la configuración de una articulación opositora cuyos intelectuales orgánicos comenzaron a reponer sentidos básicos del proyecto neoliberal, como el enfoque del Estado mínimo y las bondades del libre mercado. Sumado al impacto de la crisis económica mundial, se configuró una *doble coyuntura crítica* que puso en vilo aspectos políticos, ideológicos, económicos y sociales del proyecto oficial. Sin embargo, encontramos que desde aquel momento de mayor debilidad, el kirchnerismo logró recomponer su hegemonía y acondicionar al neodesarrollismo a través de un proceso de *radicalización progresista* y un plan anti-crisis audaz, con un avance en las políticas públicas en sentido popular, mayores niveles de confrontación con el bloque de poder y una apuesta geopolítica a la integración autónoma y a un mundo multipolar. Esto se dio en el marco regional de un período caracterizado por un solapamiento de tendencias, de avances en la institucionalidad de la integración latinoamericana al tiempo que comenzaba a cobrar forma una contraofensiva imperialista para retomar control del “patio trasero” que se había rebelado. El escenario local también mostró estas tendencias contrapuestas, desde la crisis inicial con reposición del proyecto neoliberal a la reconstrucción hegemónica vía radicalización.

Observamos un tercer período regional signado por el avance de la contraofensiva imperialista. Este escenario halló a la Argentina gestando sus últimas reformas estructurales de corte neodesarrollista, pero también con crecientes signos de desgaste, tanto a nivel del patrón de acumulación como de la estrategia hegemónica. Marcamos el 2013 como una coyuntura singular donde al tiempo que se proclamaba la “década ganada” comenzaba a

desgranarse el frente político y avanzaba el naufragio final del pacto social. También observamos que diversas continuidades estructurales establecieron limitaciones al propio régimen neodesarrollista. Entendemos que esto se vincula con que, tras la crisis de 2001, no se constituyó un nuevo bloque de poder, sino que sólo cambiaron las relaciones de fuerzas al interior del mismo, con predominancia de las fracciones productivas y exportadoras, articulada con las mejoras en la pequeña y mediana burguesía a través de las PyMEs y de las clases subalternas a través de las políticas sociales y de ingresos, pero sosteniendo altos niveles concentración y extranjerización en la cúpula económica que dio continuidad a su poder estructural.

En término de las disputas hegemónicas, analizamos la derrota de 2015 proponiendo como hipótesis pensar que el giro conservador, materializado a nivel del Estado y del régimen de acumulación con el gobierno de Macri, había comenzado también dentro del espacio popular, conteniendo un elemento visible en la elección por el oficialismo de un candidato conservador afín al bloque de poder para la contienda presidencial. Ya con Macri en la Presidencia, avanzó la restauración neoliberal y conservadora, promoviendo las coordinadas ideológicas centrales del mismo junto con mayores niveles de desregulación económica, el retorno de procesos de especulación y endeudamiento tipo “bicicleta financiera”, “tarifazos”, apertura importadora y transferencias de ingresos de trabajadores a capitalista, con deterioro en las condiciones de trabajo y jubilaciones. Esto marcó el ritmo de una “crisis económica y sociales”, articulada con una “crisis financiera” y una creciente “crisis de empobrecimiento”, que comenzó a ser contestada con el avance de la protesta social. Frente a ella el gobierno desplegó una estrategia de contención, vía planes sociales, y coerción, con incremento de la represión y persecución política y judicial a opositores. Esto se dio en un proceso de formación de una CEOcracia a nivel estatal, con gerentes del sector privado llegados al Estado para gestionar políticas con un mínimo margen de autonomía relativa en favor de las corporaciones a la cuales se encontraban vinculados. También materializó un realineamiento con la estrategia norteamericana, sabotando la integración autónoma y atacando deliberadamente a los gobiernos populares de la región. La restauración neoliberal apuntaló a las fracciones financieras y de servicios junto a algunos núcleos exportadores en el bloque de poder, deteriorando a los sectores productivos, así como a las PyMEs y, principalmente, a las clases subalternas.

El colapso económico sucedido entre 2018 y 2019 marcó el comienzo del último y actual período. Analizamos cómo se fue gestando una larga crisis sin resolución a la vista que comienza a adquirir características orgánicas. Si bien el gobierno de Macri había fracasado en

términos de estabilizar la restauración neoliberal, había sido muy efectivo en dar voz pública y asentar los sentidos e ideas de aquel proyecto, así como en dejar condicionamientos económicos a quienes lo sucedieron. La llegada del gobierno de Alberto Fernández generó expectativas en una población golpeada por la crisis pero la pandemia volvería a complejizar el escenario. A pesar de las variadas políticas desplegadas para paliar la “crisis económica y social”, a medida que la producción y el empleo se reactivaban, sin embargo, los salarios quedaban sepultados por la inflación creciente, en el marco de una distribución del ingreso desigual y un incremento de la pobreza que superaba incluso la del gobierno anterior. Observamos que estos límites económicos también estuvieron ligados a limitaciones en materia política. Desde el desperdicio de la potencia del Frente de Todos y su reducción a una cúpula de decisiones, atravesadas por internas, al dialoguismo inconducente buscando contentar a sectores del bloque de poder, a la debilidad materializada en retracción de decisiones y cristalización del sometimiento con la firma del acuerdo con el FMI convalidando el histórico endeudamiento macrista. El declive del gobierno de Alberto Fernández, junto a factores de crisis que minaban la autoridad presidencial, sumado a cierta neutralización de la figura de Cristina Fernández, en el marco del *lawfare* y el intento de magnicidio, sin capacidad para reorientar al FdT, derivó en una nueva apuesta, que lejos de plantear la radicalización, que otrora había resultado efectiva para el espacio popular, derivó una vez más en la selección del referente más afín al establishment, Sergio Massa, como ministro de Economía y como candidato presidencial.

Así, el gobierno asumido como representante del progresismo y el campo popular naufragaba sin poder resolver las problemáticas materiales del pueblo, sin lograr relanzar ni al neodesarrollismo ni una nueva hegemonía populista, en el marco de una falta de audacia incompatible con la misma. Las frustraciones iban siendo capitalizadas por las fuerzas portadoras del proyecto neoliberal incluyendo la versión más radicalizada del mismo.

Llegamos así al *interregno*. Como plantea García Linera: “En el interregno, la divergencia de proyectos políticos es la norma, porque hay búsquedas, disidentes unas de otras, por resolver la crisis del viejo orden, en medio de una sociedad descontenta, que ya no confía (...) en las antiguas propuestas que garantizaron la tolerancia moral hacia los gobernantes. Y, entonces, los extremos comienzan a potenciarse” (2024:5). De esta reflexión, García Linera no sólo comprende el avance de la extrema derecha sino que entiende que los sectores populares, progresistas y de izquierda también necesitan radicalizarse. Si revemos el siglo XXI argentino, la recomposición de los proyectos se dio al ritmo de su radicalización, la propia hegemonía kirchnerista y el neodesarrollismo se recompusieron tras la doble coyuntura

crítica de 2008-2009, y tras el fracaso económico del gobierno de Macri, el proyecto neoliberal también logró reponerse y volverse nuevamente competitivo a través de su radicalización, primero en la lectura crítica de su espacio contra todo “gradualismo”, luego materializada por una nueva fuerza de ultraderecha que supo encarnar aún mejor la potencia de la radicalidad, articulando las nociones conservadoras y neoliberales que fueron arraigando en crecientes franjas de la población, llevando a Milei a la Presidencia.

Sin embargo, para poder sustentarse y construir una nueva hegemonía, todo proyecto necesita de una base material, de un patrón de acumulación funcional que lo sustente, lo cual abre el interrogante tanto acerca de su posibilidad para suturar la crisis y dar lugar a un nuevo proceso hegemónico, o de su imposibilidad de realizarlo y que sigan aflorando formas de dominación no hegemónicas. Por lo pronto, en el medio de este interregno, el claroscuro solo deja ver a los nuevos monstruos, una suerte de neoliberalismo autoritario que grita nuevamente que “no hay alternativa”, convalida el terrorismo de Estado como una “guerra con excesos”, proclama la desregulación total de la economía hacia un libre mercado como promesa de prosperidad reivindicando al menemismo y, plagado de ministros provenientes del macrismo, promueve desguace del Estado en sus capacidades de intervención económica y protección social al ritmo del Estado mínimo, pero que se vuelve “máximo” en su dimensión coercitiva, financiando la represión a la protesta social y la reconstrucción de las redes de espionaje. Este interregno, que en la región se expresa como un “equilibrio catastrófico” donde la segunda ola de gobiernos populares no termina de imponerse y la estrategia imperialista reaviva el proyecto neoliberal bajo formas de ultraderecha nos presenta en Argentina un cuarto episodio de ese proyecto, cuyo alcance será determinado por la capacidad de resistencia del conjunto de los agredidos por el mismo y la posibilidad de constituir una alternativa política que logre alumbrar una salida a la larga crisis.

Bibliografía

- AMÍN, S. (2008). “¿Debate financiero, crisis sistémica? Respuestas ilusorias y respuestas necesarias”. En <www.fisyp.org.ar/modules/news/article.php?storyid=130>.
- BALSA, J. (2024). *¿Por qué ganó Milei? Disputas por la hegemonía y la ideología en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BONNET, A. (2008). *La hegemonía menemista*. Buenos Aires: Prometeo.
- BORON, A. (2015). “Reflexiones sobre la transición geopolítica global”. En Szmukler, B. (comp.) *La integración regional: desafíos jurídicos XVI Conferencia Continental de la AAJ*. Buenos Aires: Infojus.
- CANELO, P. y CASTELLANI, A. (2017). “Puerta giratoria, conflictos de interés y captura de la decisión estatal en el gobierno de Macri. El caso del Ministerio de energía y Minería de la nación”. *Informe de Investigación* (2).

- CANTAMUTTO, F. y LÓPEZ, E. (2019). “El programa imposible? El dilema entre el ajuste y la legitimidad al interior del bloque en el poder”. En Belloni P.yCantamutto F. (Coords.), *La economía política de Cambiemos: Ensayos sobre un nuevo ciclo neoliberal en la Argentina*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.
- CANTAMUTTO, F. y SCHORR, M. (2022). “El gobierno de Alberto Fernández: balance del primer año de gestión. Una mirada desde la economía política”. *E-I@tina*, 20(78).
- CHARAUDEAU, P. (2009). “Reflexiones para el análisis del discurso populista”. *Discurso & Sociedad*, 3(2), 253-279.
- CIFRA (2015). “La naturaleza política y la trayectoria económica de los gobiernos kirchneristas”. Documento de Trabajo (14).
- FEIERSTEIN, D. (2019). *La construcción del enano fascista*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- GARCÍA LINERA, Á. (2024). “Para derrotar a la ultraderecha, las izquierdas deben ser radicales”. *Jacobin*. En: <https://jacobinlat.com/2024/01/02/si-las-izquierdas-quieren-derrotar-a-la-ultraderecha-tienen-que-ser-radicales/>
- GRAMSCI, A. (1985). *Cuadernos de la cárcel. Los 6 tomos*. País Vasco: Euskal Herriko Komunistak.
- HARVEY, D. (2004). “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por desposesión”. *Socialist register*. En: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- LAPAVITSAS, C. (2013). “The financialization of capitalism: ‘Profiting without producing’”. *City*, 17(6), pp. 792-805.
- MATUS, C. (2007). *Los tres cinturones del gobierno*. Buenos Aires: Ediciones UNLAM.
- MERINO, G. (2016). “Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas para América Latina”. *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder*, 7(2), pp. 201-225.
- OXFAM (2024). *DESIGUALDAD S.A. El poder empresarial y la fractura global: la urgencia de una acción pública transformadora*. Disponible en <https://www.oxfam.org/es/informes/desigualdad-sa>
- RAJLAND, B. (2008). *El pacto populista en la Argentina (1945-1955). Proyección teórico-política hacia la actualidad*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- RAPOPORT, M. y BRENTA, N. (2010). “La crisis económica mundial: ¿el desenlace de cuarenta años de inestabilidad?”. *Revista Problemas del Desarrollo*, 163(41), pp. 7-30.
- SEOANE, J. (2002). “La configuración de disputas sociales ante la crisis”. *OSAL*, 7, 37-70.
- VARESI, G. Á. (2012). “Crisis mundial, modelo de acumulación y lucha de clases en la Argentina actual”. En Estrada Álvarez, J. (coord.) *La crisis capitalista mundial y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- VARESI, G. Á. (2018). “Relaciones de fuerza bajo la Presidencia Macri”. *Realidad Económica*, (320).
- VARESI, G. Á. (2020). “Círculo productivo sojero y conflicto agrario en la Argentina. El año 2008 como hito y punto de inflexión”. *Mundo Agrario*, 21(48), e154.
- VARESI, G. Á. (2021). *Kirchnerismo y neodesarrollismo. Hegemonía, acumulación y relaciones de fuerzas en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- VARESI, G. Á. (2023). “Una hegemonía populista: discurso, ideología y políticas en el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner”. *Revista Stultifera*, 6(2), pp. 155-194.
- VARESI, G. Á. (2024). “Crisis, hegemonía y relaciones de fuerzas. Del contexto latinoamericano al caso de Argentina en el siglo XXI”. *Antrópica*, 10(20), pp. 197-222.
- WAINER, A. (2016). “¿El populismo imposible? Economía y política en la Argentina reciente”. *Épocas*, (2).